

**GANADORA AUTONÓMICA**



## **NAVARRA**

**Andrea Moldes - Nuestra Señora del Huerto**

### ISLA CONQUISTADA

Está tan oscuro que no puedo ver ni mi propia mano. Oigo las respiraciones, tranquilas y profundas, de las demás internas. Me pregunto vagamente qué soñarán. Soy consciente de que tengo sueño y los pensamientos se me emborronan y se mezclan entre ellos. Sin embargo, no puedo dejar que me atrape el sueño. No puedo porque sé lo que me espera y sé que soy vulnerable. Doy vueltas en el basto colchón que me han asignado y un ruido chirriante se propaga por la habitación, pero nadie se despierta.

A pesar de mi determinación y de mis desesperados intentos de luchar contra la somnolencia, acabo cerrando los párpados. Supongo que hay batallas que una no puede ganar.

\*\*\*

Sé quién es y quizás es esa familiaridad la que me asusta. Conozco bien esos andares, desgarbados y lentos, que se acercan cada vez más. Estoy intranquila, alerta, aunque una voz en mi cabeza susurra que no debería estarlo. Tiene razón, tiene razón. Es mi hermano y no va a hacerme daño.

Cuando está lo suficientemente cerca, me permito observar sus rasgos ansiosamente, buscando algún rastro de vida. Su musculosa y alta figura está relajada, pero son sus ojos los que me preocupan. Azules, pero no el azul que yo conozco. Azul frío como el hielo, como el océano. El mismo océano que se lo llevó y el mismo océano que lo devuelve cada noche, como las conchas que escupe la marea.

De repente y sin previo aviso comienza a deshacerse. Grito, pero nadie me oye, no hay nadie. Todo él se desintegra, se convierte en una pila de cenizas. ¿Cenizas? Sí, porque en eso se transforman los muertos. Y él está muerto.

\*\*\*

Salgo de la bruma del sueño con lágrimas en los ojos, lágrimas de impotencia y de recuerdos. He gritado, tal vez haya despertado a alguien, pero no me importa. Estoy sudando, pero no hace calor. Apoyo la cabeza en la almohada e, involuntariamente, una oleada de imágenes me invade; el cuerpo de mi hermano, sus ojos sin vida, abiertos pero sin ver; el funeral, con sólo un par de invitados; el océano, siempre el océano, salvaje y arrollador.

\*\*\*

En aquel tiempo siempre estaba moviéndome. Era la única manera de borrar todo lo malo de mi cabeza, algo que realmente necesitaba. Largos paseos por la playa, siempre con él. Con Rodrigo, mi hermano mayor y mi salvavidas. Nos unía algo más que tener los mismos padres. Nos unían el sufrimiento y la soledad. El no tener una persona que nos protegiera y nos dijera que nos quería. Teníamos padres, sí, pero no daban muestras de cariño hacia nosotros. Papá volvía a casa de madrugada, chocándose contra los muebles y desplomándose al suelo. Mamá era estricta y parecía que guardaba su compresión en el mismo lugar que sus sentimientos, bajo llave y ocultos.

Yo nunca escuchaba palabras de aliento, de consuelo, de cariño. No de otros labios que no fueran los de Rodrigo. Solía decirme que vivíamos en nuestra propia isla, ajenos a todo el dolor que tendríamos que sufrir, porque nos teníamos el uno al otro. Y eso era todo.

Recuerdo el día en que sucedió, el día en que el océano se tragó nuestra isla y me dejó sola en un mundo terrible.

Fuimos andando hasta el colegio, hablando y riéndonos. Me dejó en la puerta, con un abrazo y unas palabras de despedida. Le observé marchar lentamente, su silueta recortándose contra el horizonte.

Recuerdo que pensé que esa tarde iríamos a nadar y a comer algo a un restaurante cercano al puerto. No pude dejar de pensar en eso mientras veía a los adustos profesores desfilan ante mí, todos afirmando que su asignatura sería esencial en nuestra vida.

Salí de clase y me despedí de mis compañeros. Esperé. Cantaba una canción entre dientes mientras daba golpecitos con el pie en la acera. Esperé. Calculé que el restaurante ya habría cerrado y me alarmé. Ya no esperé más, corrí a casa tropezándome con mis propios pies y recordé lo último que me había dicho: "Te veo pronto, hermanita". Era una promesa. Me aferré a ella.

Llegué a casa y se me cayó el corazón a los pies. Papá, con un viejo y ridículo traje negro, y mamá, con el moño deshecho y el maquillaje corrido. Llorando. No necesité mas. Rompí a llorar. Ni siquiera escuché cuando me dijeron qué le había pasado, que se había ahogado.

El funeral fue unos días más tarde, una sucesión de llantos y pésames vacíos. Un mes después, mamá me llevó al internado de la ciudad sin despedirse. Tan sólo me dijo: "Te pareces demasiado a él". Pero no necesitaba ninguna excusa ni explicación. Me sentía hueca. Intenté refugiarme en mi isla, sola, para aislarme de todo, pero era inútil.

Mi isla, nuestra isla, había sido conquistada hace tiempo.